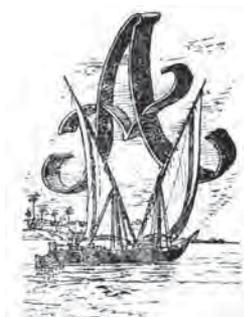




UNA PEQUEÑA HISTORIA DE AMOR

Carlos LEÓN ROCH

*De amor a la Armada, más patente que
nunca ahora, al «atardecer de la vida».*



QUELLA mañana de primavera, como tantas otras, al salir de mi colegio, muy próximo al Arsenal Militar de Cartagena, entré —sin ningún problema— para visitar a mi padre, capitán de máquinas destinado en el entonces llamado Almacén General. Aquel día fui solo; en otras ocasiones llevaba también conmigo a algunos compañeros del viejo Hispania de la calle del Escorial, con los que jugaba en la planta superior atesada de viejas y apasionantes armas.

Pero aquel día solo esperaba que mi padre cumpliera su horario para irnos juntos a casa. Y mientras hablaba con él, de pronto, se oyó la característica bocina de un submarino



Recién llegado al CHA, uniformados con la marinera de faena, el autor y su compañero García Espinosa.

regresando de la mar. Instintivamente le miré y vi cómo gruesas lágrimas surgían de sus ojos, lo que me impresionó y, aún hoy, 58 años después, me emociona. Y es que mi padre había estado muchos años en submarinos, lo que crea un vínculo para siempre, surgido de penalidades, emociones, miedos, deberes y camaradería, sentimientos y vivencias difícilmente equiparables, como muchos de mis presuntos y amables lectores saben sobradamente. Aquellas lágrimas paternas y la silueta de su *General Mola* me han acompañado siempre y han ido acrecentándose al simultanear mi infantil adoración paterna con mi madura pasión por nuestra Armada.

Y es que aquellas deliciosas e inusuales visitas al Arsenal se truncaron al fallecer repentinamente mi padre. Yo tenía doce años. En la calle Arturo Soria, núm. 285 de Madrid, el Colegio de Huérfanos

de la Armada (CHA) me acogió, aunque el verbo «acoger» no exprese adecuadamente lo que el CHA representaba en aquella época (1956). Era un auténtico cuartel de marinería en el que los niños tuvimos que endurecernos, «resistiendo» a aquellos «mayores» de preparatoria para la ENM. Los uniformes de la antigua «faena», los dormitorios de literas corridas («brigadas»), el frío en los patios, las formaciones constantes obedeciendo a los brigadieres, las mesas de mármol en el comedor... los «inspectores», y los oficiales de guardia, todos capitanes de Infantería de Marina. Y el imponente comandante-director, el legendario y laureado almirante Fernando Abárzuza.

Todas aquellas disciplinas fueron modelándome, convirtiendo a un niño mimado, estudiante de piano, en un ardoroso jovencuelo deseoso de pasar las etapas para, también yo, ingresar en la ENM, objetivo prioritario de la mayoría de los alumnos, así como de los propósitos de la propia institución.

La atención médica, así como la alimentación y el nivel docente eran magníficos. De vez en cuando había reconocimientos médicos, siempre con vistas a la pretendida progresión a la ENM. En una de ellas, el oftalmólogo que me revisó descubrió una moderada miopía, y me «escopetó»: «¡Tú no puedes ser militar!».

Todo mi mundo, mis ilusiones de seguir la senda de mi amado padre, de cumplir las expectativas familiares y del propio CHA, se derrumbaron, y yo solo, con catorce años, lloraba desconsolado y abatido por aquellos fríos e inhóspitos pasillos. Mis viajes en vacaciones a Cartagena (naturalmente a cargo de la Armada, como toda la estancia, todos los textos, toda la enseñanza...) sirvieron para reencontrarme, y orientar mi vida hacia una profesión civil, finalmente la Medicina.

Y he aquí que, de un CHA endurecedor, formativo e inolvidable, pasé a la Universidad Complutense y al novísimo Colegio Mayor Jorge Juan, donde teníamos magníficas y lujosas instalaciones, con preciosas habitaciones individuales abiertas a la Casa de Campo; libertad absoluta para estudiar... o no estudiar; innumerables actividades deportivas, grupos de teatro, conferencias... Y en la facultad de Medicina, en una enorme aula, y en la que nadie nos echaba de menos, más de 500 alumnos apiñados sin poder apenas escuchar a unos grandes científicos... poco didácticos.

Fue un cambio enorme: de una enseñanza reglada, tutelada, dirigida y casi obligada en el CHA a una libertad para la que no había sido educado.

Naturalmente, toda la carrera de Medicina en el Jorge Juan (un año en el «hermano» Barberán) fue costeadada absolutamente por la Armada, a través de la Asociación de Huérfanos. ¡Cuántas visitas en la calle Juan de Mena a mi benefactor «personal», el inolvidable general Gella Iturriaga! Todos los años de estancia; todos los libros; todas las matrículas, todos los viajes... todo pagado por la Armada. Y en los trenes, con unos orgullosos pasaportes («por convenir así al servicio de la nación»).

Y, tras unos meses de inexperto médico en la Transmediterránea (¡siempre la mar!) en el buque *Las Palmas de Gran Canaria*, también de estreno, ingresé de alférez médico en la Escuela Naval Militar a través de una restringidísima convocatoria («Compromiso Voluntario»), donde, tras seis meses de formación ascendí a teniente. Después, tras una breve estancia en el TA Aragón pasé destinado al hospital de Marina de mi Cartagena natal, a las órdenes directas de mi llorado coronel Fernández Gervás. Magníficas comisiones, navegando en el esbelto destructor *Roger de Lauria*, en el «delicioso» *Poseidón* o recogiendo en Norfolk el LST *Velasco*. Y allí, una de las mayores emociones de mi vida marinera: el arriado de la bandera de las barras y estrellas, y el solemne izado de la roja y gualda. La emoción y el temblor de mis rodillas son inolvidables, como lo son las noches de navegación, con el puente oscurecido, en el alerón, con el cielo sin luna, con las estrellas rutilantes ante la presencia del Creador.

A los pocos años, ya de capitán, pasé definitivamente a la vida civil; pero siempre he mantenido —y mantengo— una estrecha relación con mis compañeros de la Armada, con mis conmlitones, tanto del CHA como del Jorge Juan y de la ENM (¡promoción Barcelona, con «mis» almirantes Nieto Manso, Muñoz-Delgado y Treviño!), como mis colegas médicos y sanitarios del antiguo Hospital de Marina de Cartagena (¡el de la Muralla del Mar, claro!).

Siempre que tengo la oportunidad —y esta es inmejorable— repito una y otra vez que he tenido —y tengo, a Dios gracias— una vida feliz, profesional y personalmente, lo que en gran parte se lo debo a la Armada, a la que amo apasionadamente, disfruto con sus logros y sufro con sus limitaciones. Y siempre digo que si mi amado padre, modesto y maravilloso capitán de Máquinas, hubiera vivido, yo no habría podido ser médico, profesión inalcanzable en aquellos años de austeridad, con lejanas y costosas facultades.

Todo se lo debo a la Armada. Por eso ahora, en este suave pero aún luminoso «atardecer» debo hacerlo público, para que conste. Una vez más.

Gracias.

